

VII Jornadas de Sociología

Mesa 10, "Bajo el signo de las masas"

Título de la ponencia: *Partido Comunista: problematizar el internacionalismo*

Laura Prado Acosta

(Conicet- UNQ-UNAJ)

1. Introducción

Al pensar en *cómo* abordar un estudio sobre el Partido Comunista (PC) resulta inevitable atender a su condición internacionalista. Esta *differentia specifica*¹ resultó a la vez problemática e identificatoria. Por un lado, fue dativa de fortaleza porque generaba perspectivas revolucionarias de proyección mundial, por lo que el "carisma" o el atractivo del comunismo en Latinoamérica provino, en gran medida, de esa condición. Por otro lado, generó una serie de dificultades, en especial a la hora de enfrentarse con los movimientos políticos y corrientes de pensamiento nacionalista y de la izquierda nacional. Progresivamente se fue asociando el internacionalismo comunista a la defensa de los intereses moscovitas y a su consecuente incompreensión de las realidades locales. Cuando entre las décadas del sesenta y el setenta, el PC argentino, y gran parte de los PPCC occidentales, fueron impugnados por su ineficacia política uno de los blancos de la crítica fue el tipo de vínculo con la URSS: se cristalizó entonces una connotación negativa de la condición internacionalista. Sin embargo, si se atiende a los contextos se evitará el uso anacrónico de un concepto que varió en la significación de sus connotaciones y usos.

Buscaremos una mirada que *historicize* la relación entre política, cultura y prácticas internacionalistas comunistas. Plantearemos algunas cuestiones analítico-metodológicas relativas al tema del internacionalismo, procurando distinguir los usos de la idea internacionalista como horizonte revolucionario, del efectivo funcionamiento partidario-

¹ Así definió Manuel Caballero la cualidad internacionalistas de los Partidos Comunistas, en *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1987.

organizacional. Luego abordaremos dos episodios: el Pacto Hitler-Stalin (1939-1941) y la recepción del Informe Zhdanov (1947). Rastreando las formas en que fueron recibidos en la Argentina y las reconfiguraciones que pusieron en marcha, tanto al interior del PCA como entre este Partido y el resto del campo político-cultural. La propuesta de esta ponencia es abrir ejes y preguntas; así como poner de manifiesto las variadas aristas de la historia del PC en el corto siglo XX.

2. Apuntes para un estudio transnacional del comunismo

Los Partidos Comunistas se formaron, en general, como desprendimientos de otros partidos marxistas, como el Partido Socialista (PS), o de la izquierda nacional, al momento de anunciarse de la Revolución Rusa. El proceso revolucionario ruso provocó la ruptura del bolchevismo con la Segunda Internacional, la creación de la Tercera Internacional Comunista (1919-1943) y la convocatoria internacionalista a formar Partidos Comunistas nacionales que fueran a la vez secciones del Komintern. Las noticias de este proceso movilizaban conflictos latentes sobre la forma de intervenir en el escenario político local. Las nuevas formaciones partidarias se alumbraron en torno al debate sobre la manera de encauzar la acción político-revolucionaria marxista. Ese fue el caso argentino, en el que una fracción del PS decidió separarse para crear primero el Partido Socialista Internacional y, luego, aceptando las Veintiuna Condiciones leninistas, el Partido Comunista argentino (PCA).

La Tercera Internacional fue un espacio político único en su proyección revolucionaria. Creado en marzo de 1919 con el objetivo de completar en todo el mundo el proceso revolucionario que había comenzado antes en Rusia, fue un partido político mundial, basado en la teoría y la praxis marxista y leninista. Eric Hobsbawm ha destacado el rol convocante que tuvo el internacionalismo: “es difícil imaginar la fuerza inmensa que sus miembros obtenían del conocimiento de su calidad de soldados de un singular ejército internacional que, por muy vario y flexible que fuera en la táctica, operaba en el marco de una única y amplia estrategia de la revolución mundial. De ahí la imposibilidad de que surgiera ningún conflicto básico o de largo alcance entre los intereses de cada uno de los destacamentos nacionales y la Internacional, que era el *verdadero* partido, y del que las unidades nacionales no eran sino secciones disciplinadas. Esa fuerza se basaba tanto en

razones realistas como en la convicción moral”.² La metáfora *ejército internacional* resulta explicativa de la manera en la que la militancia concibió su participación en el PC, las cuotas de disciplina y sacrificio eran una condición para actuar en pos de un cambio venidero que destruiría el orden establecido y facilitaría la llegada del socialismo.

Sin embargo, el paso del tiempo fue alejando los pronósticos de que, en Europa occidental, las situaciones revolucionarias se transformarían en revoluciones. Este letargo de las expectativas revolucionarias estimuló el crecimiento de las estructuras partidarias nacionales. Las cuales, aún estando siempre asociadas a la Internacional (IC), tuvieron una inercia y un desarrollo propios. Se fue priorizando, entonces, la construcción de organizaciones partidarias nacionales que sirvieran de apoyo a los procesos revolucionarios realmente existentes, es decir, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El *locus* o espacio comunista sólo puede entenderse como producto de una articulación de pertenencias regionales, locales, nacionales e internacionales. Antes de abordar el estudio de estas articulaciones deben distinguirse dos acepciones en las que se utilizó el concepto de internacionalismo. Por un lado, en tanto idea a través de la cual los sujetos se identificaron con un movimiento político, teniendo en cuenta que para los comunistas esa idea fue dativa de un sentido de la acción. El militante se relocalizaba; se consideraba parte de un entramado que lo excedía y lo involucraba en asuntos de latitudes lejanas (esto afectaba su accionar local, y generaba fuertes cuestionamientos e impugnaciones por parte de sus adversarios políticos). Por otro lado, el internacionalismo tuvo un funcionamiento efectivo como una organización partidaria, que buscó intervenir activamente en la cultura y la política en todos los espacios posibles. Las implantaciones comunistas fueron diversas: barriales, provinciales, nacionales, regionales, internacionales. Además fueron difusas, incluyeron espacios geográficos y espacios laborales, culturales o étnico-idiomáticos. De la Tercera Internacional Comunista a la “célula” (término usado para denominar a la mínima expresión organizacional que reunía a tres militantes), muchas veces, la trama resulta inextricable.

² Eric Hobsbawm, *Revolucionarios*, Barcelona: Crítica, 2000, p. 14.

La Internacional, y dentro ella el Buró Suramericano, conformaron un sistema de dimensiones vastas, con sus contactos, congresos, viajes a la URSS: una red de vínculos transnacionales, en la que funcionó un “corredor de ideas”, de autores, revistas, libros, traducciones, premios, etcétera. Pero, como se dijo, esa trama compleja articuló espacios supranacionales, nacionales, y espacios locales, propios de las culturas interiores. En esa trama participaron intelectuales y artistas renombrados y consagrados internacionalmente, y también muchos agentes culturales menores, figuras de una cultura local, del barrio, o de los pueblos.

Los centros y periferias de ese sistema fueron diversos: por ejemplo, en el pueblo de Rivera, provincia de Buenos Aires, en los años cuarenta había diez células judías y una ferroviaria; para ellos el centro del que provenían las noticias y los periódicos era Bahía Blanca. De allí llegaban, a través de los ferroviarios, que eran militantes muy valorados por su rol de conector entre diferentes ciudades.³ En una conferencia reciente sobre las culturas interiores, los intelectuales de provincia y de pueblo, Ana Teresa Martínez disertó sobre la necesidad de delinear un *encuadre espacial* pertinente a los objetos de estudios que nos proponemos indagar. Observó entonces que la condición local se genera siempre en relación a otro local al que se representa como centro, poniendo de manifiesto el carácter relativo del vínculo centro-periferia.⁴ La plaza de Rivera, Bahía Blanca, Buenos Aires, París, Roma y Moscú, funcionaron todos como centros para los comunistas de ese pueblo, sin que esto resultara una contradicción o un problema. Pareciera que, cuando se observa el funcionamiento de las culturas interiores, el carácter de subordinación que suele implicar la relación centro-periferia se redimensiona.⁵

³ Entrevista a Bernardo Melman, ex-militante comunista originario de Rivera, 10/03/2012.

⁴ Conferencia de Ana Teresa Martínez en el marco de las Jornadas, *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 14/09/2012.

⁵ Andrés Bisso analizó el caso del periódico *Mechita* del pueblo ferroviario homónimo de la Provincia de Buenos Aires (cinco mil habitantes). Señaló la manera en que la dinámica del pueblo invirtió la lógica de la marginalidad de los actores. Lo local se retroalimentó de los acontecimientos internacionales y ambos se complementaban: “suturando” una separación que, siguiendo a Bisso, se generó en el plano analítico pero que no se corresponde con las concepciones de los sujetos. Jornadas: *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 13/09/2012.

Por oposición, el ya clásico análisis de Manuel Caballero se encuentra muy distante del tipo de análisis de Martínez. En su estudio sobre *La Internacional Comunista y la revolución en Latinoamérica*, Caballero sostuvo:

“los leninistas latinoamericanos estaban destinados a jugar el papel de ‘apoyo’ de la revolución mundial, apuntalar las luchas de las clases obreras revolucionarias de Europa y Asia. Si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África. En la estructura piramidal que mundialmente tenía el Comintern, América Latina estaba situada muy abajo”.⁶

La imagen que transmitió Caballero fue la que perduró en el sentido común y en los estudios historiográficos: la pirámide, con centro en Moscú y Latinoamérica como periferia extrema. Sin embargo, un análisis que incorpore como variable la forma en que los sujetos comprendieron su participación en el comunismo nos lleva a cuestionar la figura de la pirámide (al menos en su connotación de subordinación real y concreta de los locales al centro, es decir, Moscú).

Sin dudas, se admiraba el proceso soviético y efectivamente Moscú fue un “centro” del comunismo internacional, pero su función de centro se remitió más al plano de las ideas que al control efectivo de las periferias, que en muchos casos resultó impracticable. Por eso, además de la figura de la pirámide, nos servirá la imagen de redes esparaveles superpuestas por regiones que, se remitían a Moscú, pero que por su lejanía geográfica y por las características de las comunicaciones en la primera mitad del siglo XX, fueron en gran medida difusas.

En un análisis de este tipo, deberían distinguirse al menos tres grandes grupos de PPCC nacionales, que pertenecerían a redes esparaveles diferentes: en primer lugar, aquel grupo en el que los PPCC controlaron el aparato del Estado (Europa Oriental, China, etc.); segundo, aquel en el que fueron estructuras con relativo poder político-cultural, con llegada a las masas, como los PC de Francia e Italia; y, por último, aquel en el que, en general,

⁶ Manuel Caballero, *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1987, pp. 15 y 16.

fueron perseguidos por las autoridades estatales, sin éxitos electorales significativos ni una posición dominante en sus respectivos campos culturales, como los PPCC latinoamericanos. Cada grupo podría ser analizado con variables que contemplen las problemáticas que le fueron propias.

En el caso latinoamericano, por un lado, el Buró Suramericano de la Tercera Internacional encuadró su especificidad como espacio que conformó un subconjunto. Por otro, también los sujetos comunistas latinoamericanos se auto-percibieron como parte de un subconjunto que, aún siendo parte del entramado comunista internacional, tenía sus características propias. Contradiciendo el análisis de Caballero, el hecho de ser periféricos no impugnó necesariamente su condición de “revolucionarios”. Podría decirse que las acciones revolucionarias fallidas de Luiz Carlos Prestes y Rodolfo Ghioldi en 1935, las de Chile y, aún con su historia inicialmente distante del comunismo, las de Cuba indicarían que, en determinados contextos la acción revolucionaria fue una opción viable; pero sobre todo, los comunistas latinoamericanos se forjaron como revolucionarios por sus experiencias de persecución, la prisión y las torturas por parte de las fuerzas represivas. Por lo que, no necesariamente se limitaron a proveer “apoyo” o “apuntalamiento” a los procesos revolucionarios externos de Europa y Asia.

Los sujetos militantes no encontraron contradicción en pertenecer a una organización local y transnacional a la vez. Se sentían parte de una estructura que los trascendía y al mismo tiempo eran miembros de una comunidad espacialmente más acotada (una multiimplantación que compartieron con la Iglesia católica y la masonería). Por lo tanto, si bien al analizar la Internacional Comunista puede considerársela una pirámide institucional, en las experiencias efectivas se asoman interacciones y una topología más irregular, que invita a pensar en centros diversos y superpuestos.

En esas yuxtaposiciones se destacó el rol del Partido nacional, como estructura organizacional principal. El Comité Central nacional y, en particular, el Comité Ejecutivo nacional tomaban las decisiones políticas e influían en otros asuntos, de los ámbitos sindicales y del ámbito cultural. Cuando, por ejemplo, consideraban que los debates culturales tenían un peso político, muchas veces las dirigencias partidarias nacionales intervinieron, clausurando o definiendo los mismos. Es por eso que, aún teniendo en cuenta

el peso de la articulación con la IC y con la URSS, el marco nacional tuvo gran protagonismo en el funcionamiento efectivo de la organización. En principio, porque el Moscú “centro de la revolución mundial” fue una arena de terribles luchas intestinas, que desalientan a considerarlo como un espacio desde el que emanaban órdenes al resto del mundo que eran cumplidas por sumisos sujetos periféricos. Pero además, baste con dos ejemplos de sujetos que contaron con el “aval soviético” y de todos modos fueron expulsados de sus partidos por conflictos internos: Eugenio Gómez en Uruguay fue acusado en 1955 por sus camaradas de participar en acciones moralmente reprobables y fue desplazado, asumiendo entonces Rodney Arismendi el liderazgo del comunismo uruguayo.⁷ Y en la Argentina el caso de Juan José Real, formado en la URSS, considerado un hombre con contactos soviéticos, sin embargo, a raíz de un conflicto con otros miembros de la dirigencia partidaria nacional en torno a su propuesta de acercamiento al peronismo, aun siendo su Secretario de Organización fue expulsado del PCA en 1952.⁸

Entonces, el análisis de las articulaciones entre espacios nacionales, regional latinoamericano, local e internacional, debe tener en cuenta que un punto de miras transnacional no es excluyente sino compatible y complementario de los estudios culturales nacionales. En tanto que en la comparación se evidencian las especificidades nacionales y locales, no se busca eludir el marco nacional, sino relativizarlo, para reconstruir la forma en que los sujetos concibieron su implantación local, nacional, latinoamericana en relación con el proyecto de construcción de un orden comunista internacional.

3. Episodios internacionalistas

Una de las complejidades del estudio de la condición internacionalista comunista se vincula a que episodios ocurridos en otras latitudes geográficas afectaron las posiciones locales. Tomaremos dos ejemplos en los que se evidenciaron las dificultades de asumir la condición internacionalista. Ambos episodios, vinculados a las razones de estado

⁷ Gerardo Leibner, *Compañeros y Camaradas*, Montevideo: Trilce, 2011.

⁸ Juan José Real, *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires: Fondo Nacional de la Artes, 2006.

soviéticas, descolocaron a los militantes locales. El Pacto Hitler-Stalin (1939-1941) y la recepción del Informe Zhdanov (1947) fueron dos momentos de difícil asimilación para la militancia “periférica”, que suelen analizarse como pruebas de la capacidad de imposición de los soviéticos. Hobsbawm ha señalado que se pagó un precio por la cohesión organizacional, “los comunistas tenían muy escaso margen de elección con respecto a su lealtad a Stalin y a la URSS”.⁹ Si bien, resulta evidente que ningún dirigente argentino declararía que estaba en contra de lo que Stalin había decidido, al acercar el prisma analítico encontramos porosidades significativas, que aún no han sido suficientemente estudiadas por la historiografía.

En 1939 Stalin estableció un pacto de no agresión con la Alemania Nazi. Esto generó un gran desconcierto por parte de quienes, hasta entonces, había sido compañeros de los comunistas en muchas de las agrupaciones antifascistas. El pacto de no agresión fue considerado por la dirigencia del PC argentino como una medida que obedecía a una evaluación estratégica de Stalin sobre la situación del enfrentamiento bélico, luego de la derrota republicana en la Guerra Civil española. La dirigencia partidaria nacional respetó disciplinadamente las medidas adoptadas por la URSS. Dirigentes y militantes consideraban que la fortaleza del partido residía en la solidez de su organización; los cuestionamientos sólo evidenciarían fisuras o debilidades que podrían ser aprovechadas por sus enemigos. Siguiendo a Hobsbawm, la “apasionada y total lealtad que cada comunista sentía por su causa” hizo que “la lealtad a Moscú dej[ara] de depender de la aprobación de su línea”.¹⁰

El Secretario General del PCA Gerónimo Arnedo Álvarez se encargó de dar una explicación del pacto a los militantes locales.¹¹ En ella advertía sobre enemigos, a veces

⁹ Eric Hobsbawm, *Revolucionarios*, p. 15,

¹⁰ Eric Hobsbawm, *Revolucionarios*, pp. 14y 15.

¹¹ “En 1938 se desarrolla una lucha interna por el control de la dirección partidaria entre un sector que lidera Luis V. Sommi y otro que lidera Orestes Ghioldi; el Secretariado de la IC la cuestiona como ‘lucha sin principios’ y propone a José Peter como secretario general. Pero Victorio Codovilla, que se encuentra a la sazón en París propone en cambio a Gerónimo Arnedo Álvarez como nuevo secretario general del PC argentino, consagrándose como tal en un comité central de ese mismo año. (Es reelegido en sucesivos congresos: en 1941, 1946, 1963, 1968 y 1973, ocupando el máximo cargo hasta su muerte en 1980)” en Horacio Tarcus (dir) *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Buenos Aires: Emecé, 2007, p. 14.

abiertos, otras veces ocultos e incluso internos, que interpretaban las medidas tomadas desde Moscú de manera errónea para “sabotear la unidad de la clase obrera”. Álvarez resaltaba que la URSS era un baluarte de la paz mundial y garante del combate contra el fascismo; y el pacto era un asunto que obedecía a cálculos estratégicos. Pedía a los militantes evitar simplismos y precaverse ante el “coro confusionista”. Frente a ellos, los objetivos eran claros: seguir apoyando a la URSS y conservar los argumentos antifascistas. “En nuestra lucha presente por una paz democrática y justa debemos concentrar nuestros esfuerzos para extirpar las causas que generan las guerras, para liberar a la humanidad de la barbarie fascista y de toda suerte de opresión de clase, de pueblos y de razas”.¹² Esta postura alertaba sobre la figura del enemigo interno, lo que evidencia la existencia de voces disonantes, en especial de los muchos comunistas de origen judío.

El periódico socialista *La Vanguardia* en mayo de 1941 publicó una carta de M. Kostrynski, Secretario General de la asociación obrera sionista Poale Sion, dirigida al comunista Emilio Troise (por entonces presidente del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo en la Argentina). En ella denunciaba el “mal disimulado” propósito de los comunistas de asegurarse el predominio de una única ideología, dejando fuera a las demás tendencias. Sostenía Kostrynski, sobre el desempeño de los comunistas en la dirección del Comité: “No obstante manipular y usar continuamente la terminología antifascista y antirracista, el Comité abandonó precisamente toda acción real contra el odio racial y el totalitarismo (...) En los boletines editados por el Comité ocupa cada vez menos espacio la denuncia de las bestialidades nazis y fascistas, pero en cambio se dedica cada vez más lugar a los ataques contra socialistas y demócratas en general, que se atreven a ‘dudar’ del carácter ‘revolucionario’ de la política bizantina del Kremlin.”¹³ El neutralismo soviético aumentó notablemente la tensión entre el PC y la comunidad judía, generando diferencias muchas veces irreconciliable entre ambas identidades. Hubo conflictos con afiliados como

¹² Gerónimo Arnedo Álvarez en *Orientación* 28/09/1939, citado en Bisso, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires: Cedinci y Buenos Libros, 2007, p. 458.

¹³ M. Kostrynski en *La Vanguardia*, en Bisso, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires: Cedinci y Buenos Libros, 2007, p. 608.

con César Tiempo y Samuel Eichelbaum, por asuntos de divergencias políticas pero sobre todo por la tensión en relación al judaísmo.¹⁴

El Pacto generó una zona de asociación entre las figuras de Hitler y Stalin; en gran medida, el empleo del término “comunazismo” puede considerarse un antecesor de los usos que en ese mismo sentido se hicieron del término “totalitarismo”.¹⁵ Se ha atendido en general a la inicial descolocación que generó el Pacto entre la militancia comunista, en especial entre sus miembros judíos.¹⁶ Sin embargo, ha sido aún poco explorada la *recolocación* que generó el interludio neutralista. Por ejemplo, si en 1938 el comunista Ernesto Giudici publicó *Hitler conquista América*, en 1940 el eje de sus denuncias cambió: dedicó su atención a *El imperialismo inglés y la liberación nacional*. Alterando, de esta manera, sus preocupaciones y generando zonas de interacción con otros antiimperialistas antibritánicos.

De hecho, el pacto de no agresión propició un clima de diálogo entre los comunistas de la Asociación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores (AIAPE) y algunos miembros de FORJA, también defensores del neutralismo. A fines de agosto de 1940 Raúl Scalabrini Ortiz dio una charla en AIAPE sobre: “Cambios, salarios y créditos. Instrumentos del coloniaje argentino”¹⁷, allí sostuvo que sólo para las mentes simples atacar a Gran Bretaña era “hacerle el juego” a Alemania y definió a la Guerra Mundial como un conflicto bélico interimperialista, retomando hasta cierto punto argumentos leninistas sobre

¹⁴ Véase Ricardo Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en www.historiapolitica.com (consultado 13/03/2008), p.15.

¹⁵ Ricardo Martínez Mazzola, “Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”, en *Prismas, Revista de historia intelectual*, n° 15, Universidad Nacional de Quilmes, 2011.

¹⁶ Sylvia Saítta, “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda” en A. Cattaruzza (coord.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires: Sudamericana, 2001; Liliana Cattáneo, *La izquierda argentina y latinoamericana en los años 30, el caso Claridad*, Buenos Aires: Tesis en UTDT, inédita, 1992; Silvia Schenkolewski-Kroll, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades 1930-1941” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, junio de 2002.

¹⁷ Ver James Cane, “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943” *The Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol 77, n°3, 1997 pp.25-26

la condición semicolonial de la Argentina. Ese año, Rodolfo Puiggrós publicó, a través de la editorial de AIAPE, *De la colonia a la Revolución y A ciento treinta años de la Revolución de Mayo*. El momento del neutralismo produjo un breve pero significativo momento de coincidencias entre el PC y el nacionalismo forjeano que tuvo repercusiones, especialmente en el itinerario de Puiggrós, y tal vez de manera más indirecta en el de otros intelectuales comunistas.¹⁸

Tanto los conflictos con los antifascistas y la comunidad judía, como las breves relaciones con el nacionalismo forjeano, se interrumpieron cuando Hitler invadió la Unión Soviética. Sin embargo, aun con el pacto el comunismo no había perdido definitivamente su lugar dentro del antifascismo local. Se les percibió con mayor desconfianza pero la dinámica de los acontecimientos llevó a que retomaran su espacio. Debido a, por un lado, la acción heroica del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial; y por otro, a los acontecimientos locales con el Golpe de Estado del 4 de Junio de 1943. Desde los sectores moderados del antifascismo, incluso entre quienes más cuestionaban al régimen stalinista, como *Acción Argentina*, volvían a valorar a la URSS como un aliado estratégico.¹⁹ Sucesos externos volvía a repercutir, esta vez positivamente, en el entramado partidario y en el vínculo entre el Partido y el campo político-cultural liberal socialista.

Como parte de la recomposición del vínculo entre comunismo y antifascismo en 1943 se decidió la disolución de la Tercera Internacional Comunista. Ni la idea ni la organización internacionalista desaparecieron, pero sí se transformaron. En la posguerra, la URSS se consolidó como una potencia militar y, por consiguiente, la composición del sistema comunista mundial reforzó su asociación a la URSS. Cuando se instaló el clima de Guerra Fría el órgano internacionalista que suplantó a la IC fue el Kominform, más claramente dependiente de las medidas de relaciones exteriores soviéticas.

¹⁸ Leonardo Senkman señaló que Raúl Larra y Álvaro Yunque escribían en el diario Reconquista dirigido por Raúl Scalabrini Ortiz, en el que también colaboraron Manuel Gálvez y Ernesto Palacio, en “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943”, *Revista E.I.A.L.*, nº 6, 1995.

¹⁹ Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2005.

Sin embargo, con el fin de la Segunda Guerra también hubo una mayor participación en la política de masas de los Partidos Comunistas de Europa occidental, en especial en Francia e Italia. En la “periferia de la periferia” que era América Latina, se recibió el “endurecimiento” de la URSS por su rol en la Guerra Fría, pero igual de significativa fue la recepción de los procesos de aquellos “otros centros” a los que se consideraba estratégicamente más cercanos por pertenecer al subconjunto de PPCC que no ejercían el control total del Estado; y porque tradicionalmente estos países europeos habían sido modelos culturales. En ellos los PPCC latinoamericanos encontraron referentes de comportamientos más cercanos a sus propias situaciones en los campos políticos y culturales. Por eso, la recepción de las medidas adoptadas en la URSS, como veremos en el caso del Informe Zhdanov, estuvo en gran medida mediada por los debates que éste generó en Italia y en Francia.

El Informe Zhdanov fue la forma que adoptó en el área cultural la nueva política soviética de posguerra. Para adaptarse a los conflictos implicados en la Guerra Fría, la URSS desarrolló, por un lado, la ciencia y la tecnología para afianzarse como potencia militar. Por otro, consideró fundamental el “frente ideológico” o área cultural, tanto para sostener el liderazgo del stalinismo en la URSS, como para enfrentar a su nuevo (o no tan nuevo) enemigo, Estado Unidos. Entonces se convocó a los “ingenieros del alma” (escritores, músicos, plásticos, cineastas) a ponerse al servicio de la causa. El Informe apuntaba a controlar no ya el carácter militante de los artistas, sino que la obra debía estar acorde a los parámetros estéticos realistas. Proliferaron entonces las acusaciones a obras de arte “degeneradas”, “decadentes”, “pesimistas”, “podridas”, “individualistas”. Poniendo en el centro de la escena el problema de la intromisión del Partido en el proceso creativo del artista.

En tanto que el enemigo capitalista usaría los canales culturales: el cine, la radio y otros medios de comunicación, el comunismo debía combatir también en esa área. Se dejaba atrás el estilo cultural antifascista, más conciliatorio y para adoptar uno más acorde a los tiempos de Guerra Fría. Sin embargo su adopción, en especial en los países donde el PC no controlaba el aparato del Estado, no fue automática ni exenta de conflictos. La adopción del zhdanovismo generó debates intensos al interior de los ámbitos culturales comunistas

occidentales. En Francia, Louis Aragón y Roger Garaudy cruzaron opiniones sobre la libertad de creación y la existencia o no de un canon estético realista. En Italia, fueron Elio Vittorini y Palmiro Togliatti quienes encarnaron el debate.

En la Argentina, quien lideró la recepción del Informe fue Rodolfo Ghioldi y un grupo de intelectuales “nuevos”, es decir, figuras no consagradas intelectualmente que por su defensa del endurecimiento político del plano cultural ganaron algunos espacios en el ámbito cultura comunista. Logrando desplazar, por un lado, a algunos de quienes habían encarnado el estilo cultural antifascista y, por otro, a quienes se sospechaba de “liviandad” en su vínculo con el PC. Entre estos últimos se encontraba el grupo de artistas plásticos jóvenes de la Asociación de Arte Concreto Invención (AACI), afiliados al PCA en 1945.

Luego de un debate entre Tomás Maldonado y Raúl Monsegur en las páginas de *Orientación*, (también signado por la polémica en torno a la existencia o no de una estética comunista) se conformó un tribunal de disciplina interna que decidió la expulsión de Tomás Maldonado, Alfredo Hlito, Edgar Bayley y otros miembros de la AACI.²⁰ Pero, como vimos, no sólo estos afiliados recientes entraron en contradicción con la dirigencia partidaria por la discusión sobre la relación entre estética y política: Cayetano Córdova Iturburu, que había fundado AIAPE junto a Aníbal Ponce, había dirigido *Orientación* y había sido corresponsal en la Guerra Civil española; y Carlos Dujovne, director de la editorial Problemas, se alejaron del PCA en el mismo contexto.

En el intercambio epistolar que se produjo entre Rodolfo Ghioldi y Córdova Iturburu se expresó diáfana la nueva forma de relación entre la esfera cultural y la esfera política que proponía el Informe Zhdanov. En 1948, luego de una reunión plenaria en la que se trató el debate estético, Rodolfo Ghioldi propuso adoptar el canon estético único realista para la creación cultural. Córdova defendió a las vanguardias y la necesidad de libertad de creación. En un intercambio epistolar Ghioldi argumentó: “Nosotros, hombres de vanguardia también en la cultura, ¿podemos admitir que en nombre de la `libertad` se propague el irracionalismo, el antihumanismo, la reacción?”. Córdova le respondió: “Yo no

²⁰ Ana Longoni y Daniela Lucena “De cómo el `júbilo creador` se trastocó en `desfachatez`. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista, 1945-1948” en *Políticas de la Memoria*, nº 4, Buenos Aires: Cedinci, 2003-2004.

me quejo -como parecés creerlo vos- del tratamiento injusto que los soviéticos dan a los modernistas. Mi actitud es otra. Lamento ese tratamiento”. Para finalizar el intercambio, Córdova tomó como ejemplo de artista a Mayakovsky: “como lección de arte revolucionario, de arte joven, nuevo en su contenido y en las formas, vibrante, lleno de caliente sangre renovadora, descubridor audaz de nuevos rumbos, explorador de territorios desconocidos, inventor y creador, militante de la fantasía que vuela, revulsivo, estimulante y contagioso como una música con pólvora”.²¹ La mención del poeta de la Revolución Rusa, que en 1930 se suicidó en Moscú de un disparo al corazón, reflejaba la profundidad y la amargura de una cuestión más que estética. Finalmente, como razones de su alejamiento se adujo que Córdova “no hacía nada, no asistía a las reuniones ni cumplía ninguna tarea”.²² En ese mismo contexto, la editorial Problemas de Carlos Dujovne se vio obligada a cerrar por problemas económicos, lo que debería pensarse como otro mecanismo de desplazamiento de proyectos culturales antifascistas ante el desembarco del zhdanovismo.

Se ha señalado más arriba que la recepción del zhdanovismo estuvo a cargo de intelectuales “nuevos” en el Partido, relacionados a la figura de Ghioldi, como Raúl Monsegur, o Isidoro Flambaum, quien en una reseña definió como una “magistral intervención” las líneas filosóficas de A. Zhdanov. No obstante, a la vez hubo otro tipo de recepción que intentó actuar de manera menos evidente o adoctrinante: Agosti en *Expresión* incorporó la polémica a través de la traducción de los debates que se estaban produciendo en el PC francés.²³ En su sección “Espejo de revistas”, se reseñó la revista francesa *Les Lettres Françaises* y la controversia entre Roger Garaudy y Louis Aragon.²⁴ En su artículo “L’ Art zone libre?”, Aragon defendía la existencia de una estética comunista y consideraba que, al negar la existencia de una estética comunista, Garaudy dejaba entender que *todas* las estéticas eran buenas y que el arte era un campo neutral. Para Aragon, el Realismo era la

²¹ Cartas de septiembre de 1948, reproducidas en Horacio Tarcus y Ana Longoni “Purga Vanguardista”, *Ramona, revista de artes culturales*, Buenos Aires: julio de 2001, pp 55-57

²² Horacio Tarcus y Ana Longoni, op.cit.

²³ *Expresión*, n 3, febrero de 1947, sobre la revista *Les Lettres Françaises*, n 132, París, 1 noviembre de 1946 y *Expresión* n 4, marzo de 1947.

²⁴ *Expresión*, n 3, febrero de 1947, sobre la revista *Les Lettres Françaises*, n 132, París, 1 noviembre de 1946 y *Expresión*, n 4, marzo de 1947.

única concepción que correspondía al materialismo histórico en materia de arte y literatura. Garaudy replicó que él había observado que el arte no debía estar limitado, no que todas las estéticas fueran buenas; consideraba que el artista era un militante y, por eso, en su obra había una determinada concepción del hombre. Adoptando una actitud conciliadora, Garaudy negó que hubiera diferencia entre su concepción del realismo y la de Aragon, ni diferencias en torno a la necesidad de respetar la libertad de expresión.

No necesariamente las figuras desplazadas habían entrado en contradicción abierta con el canon realista del PC, pero el cambio de época parecía requerir de actitudes más alineadas a la línea partidaria; perfiles más disciplinados y a la vez más combativos. La figura de Agosti, aun encarnando proyectos culturales de estilo antifascista y coincidiendo en gran medida con las concepciones culturales de los expulsados (Maldonado, Córdova Iturburu y Dujovne) poseía otras “credenciales” comunistas, vinculadas al sacrificio de la militancia. Podía demostrar su “temple” por el período que había pasado en prisión en la década del treinta.²⁵ Si bien se interrumpieron proyectos culturales vinculados a él, como la revista *Expresión* (ligada a la tradición antifascista y a la búsqueda de participación de artistas e intelectuales latinoamericanos como Pablo Neruda, Jorge Amado, Caio Prado Junior, Enrique Amorim, David Alfaro Siqueiros), ni Agosti ni otros comunistas con similares posturas críticas sucumbieron. El estilo de Agosti y sus antecedentes lo protegieron y aseguraron su continuidad. Complejizando con su presencia la configuración del escenario cultural comunista, de hecho se mantuvo como encargado de la Comisión de Cultura del PCA y en la dirección de nuevos proyectos culturales. El zhdanovismo irrumpió, ocupó espacios, desencadenó conflictos; alteró pero no colonizó el conjunto cultural comunista. Por lo que la trama detrás de esa recepción es compleja y debe reconstruirse a la luz de su especificidad local.

4. Comunismo e internacionalismo: repensar los marcos espaciales

Se ha buscado repensar los terrenos desde donde abordar el estudio del internacionalismo comunista. Un nuevo *locus*, más apropiado a los itinerarios y las

²⁵ Laura Prado Acosta, *Héctor Agosti, el difícil equilibrio, itinerario de un intelectual orgánico del PCA (1935-1963)*, Tesis de maestría, Buenos Aires: Universidad de San Andrés, 2008, inédita.

problemáticas de los comunismos “periféricos” llevan a repensar las categorías mismas de centro y periferia, o al menos a relativizarlas. Y en ese repensar parece necesario reconstruir las historias locales, oír las voces de los sujetos, atender a las maneras en que estos concibieron su vínculo con el internacionalismo comunista. Pensar los marcos espaciales pertinentes para un objeto de estudio como el comunismo es una tarea pendiente en la historiografía argentina.

Parece necesario, entonces, visitar el concepto de internacionalismo para despegarlo de una lectura anacrónica, deudora de las críticas que se le formularon al PC desde la Nueva Izquierda y la Izquierda Nacional en los años sesentas y setentas. Que deja inexplorado zonas significativas de la historia política y cultural latinoamericana. Para ello se analizaron en esta ponencia dos episodios vinculados al internacionalismo, en los que se intentó atender a las complejidades y diversidades con las que los “locales” recibieron, y adaptaron los sucesos foráneos en sus realidades locales. En este sentido, la recepción debe perder sus connotaciones de pasividad y sumisión, y dejar paso al análisis de los procesos activos, conflictivos, que muestran su diversidad en cuanto se establece un comparación geográfica o temporal, es decir al *historizar* estos procesos.